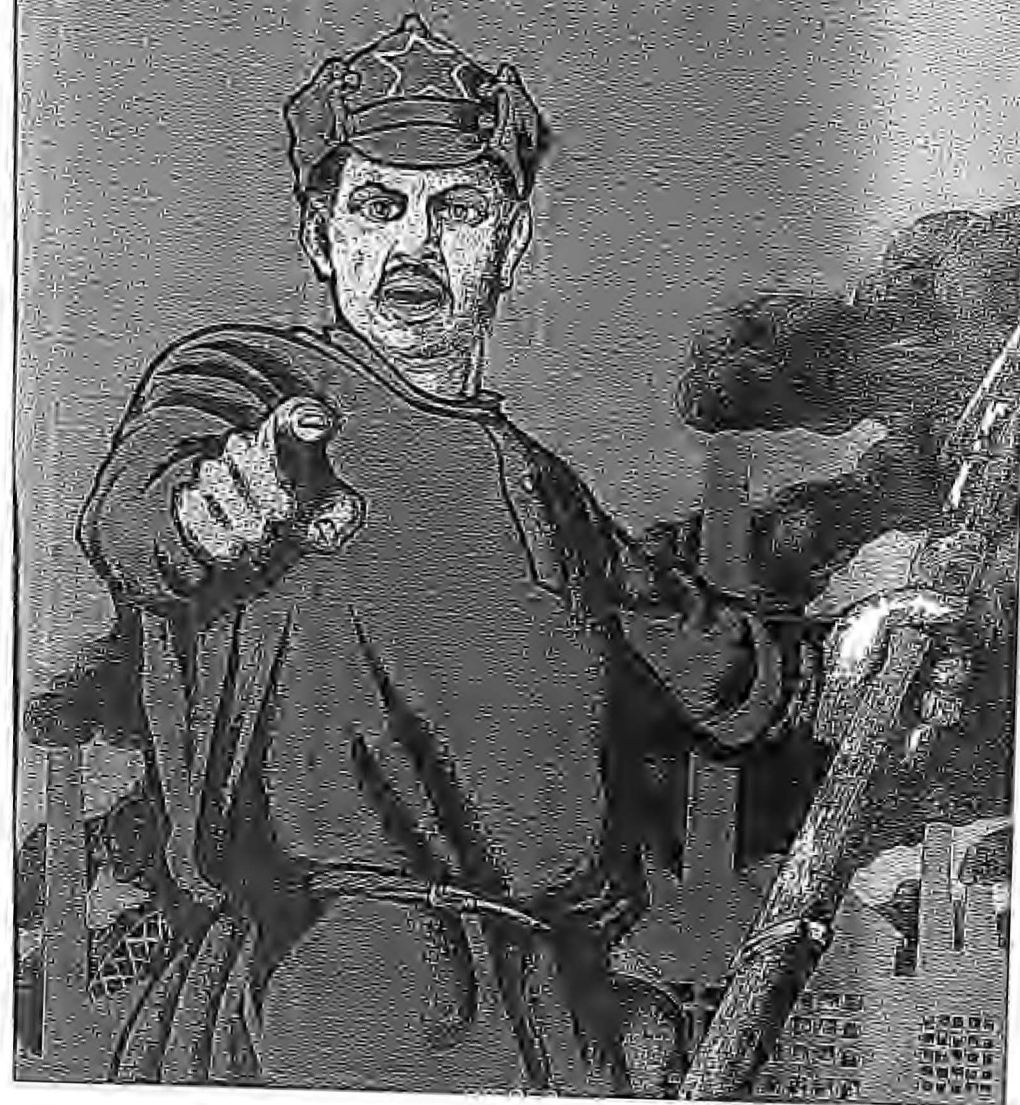


JORGE SABORIDO

HISTORIA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA



CAPÍTULO X

Gorbachov: de la esperanza al derrumbe

Mijail Gorbachov ascendió a la Secretaría General del PCUS generando una gran expectativa. La situación del país era percibida como muy problemática en todos los terrenos, y las cortas gestiones de Andropov y de Chernenko habían contribuido a empeorar la situación. La revisión de algunas de las variables macroeconómicas ya daba cuenta de esa declinación (véase el cuadro N° 12).

CUADRO N° 12
La economía soviética en 1982-1985: indicadores seleccionados
(% de cambio año a año)

	1982	1983	1984	1985
A. OFICIAL SOVIÉTICA				
Ingreso nacional producido	4,2	4,0	2,7	3,7
Inversión	3,5	5,6	1,9	3,0
Producto bruto industrial	2,9	4,7	3,6	4,3
Producto bruto agrícola	5,1	6,7	0	0
B. ESTIMACIÓN DE LA CIA				
Producto bruto nacional (PBN)	2,6	3,2	1,4	0,9
Inversiones nuevas fijas	2,0	4,9	1,2	2,9
Agricultura	8,9	5,9	-2,1	-3,8
Industria	1,3	2,4	2,8	2,1

Nota: los datos de la CIA son precios en rublos de 1982; las cifras soviéticas están expresadas en precios «constantes» de un año no identificado en la fuente, pero se refiere a 1973.

Fuente: Maddison, 2003.

Las estadísticas oficiales correspondientes a 1984 puntualizaban que la Unión Soviética producía 80% más acero, 78% más cemento, 42% más petróleo, 55% más fertilizantes, el doble de hierro forjado y seis veces más mineral de hierro que los Estados Unidos, así como también cinco veces más tractores. Incluso como hemos visto (cuadro N° 10) las tasas de crecimiento del PBI y del PBI por habitante no diferían demasiado de las de los principales países occidentales. Sin embargo, ya en esos momentos se estaba produciendo el surgimiento de una nueva revolución tecnológica en la que dominaban los microchips antes que el mineral de hierro y el plástico antes que el acero. La estructura industrial soviética se encontró entonces incapaz para enfrentar el desafío, y ciertas circunstancias coyunturales, como la caída del precio de petróleo —uno de los principales productos de exportación— desde 1983 en adelante, contribuyeron a agravar una situación ya de por sí difícil. En efecto, el precio del barril del petróleo, que era de 30 dólares en 1983, descendió a 15 dólares a principios de 1986 y desde ese momento hasta 1990 osciló entre 12 y 20 dólares. La razón principal de este descenso fue la decisión de Arabia Saudita de aumentar de forma significativa la producción; una visión con matices de corte «conspirativo» ha sostenido que el gobierno de los Estados Unidos no fue ajeno a esta actitud del país árabe¹. Por lo tanto, las expectativas de reforma eran enormes: la cuestión residía en el rumbo que debían tener éstas, pero entonces se verificó que justamente quienes estaban al frente no tenían claro cuál debía ser ese rumbo.

El hecho indiscutible de que Gorbachov fuera el principal representante de una nueva generación, ajena a los años del stalinismo, formada en los momentos en los que la sociedad soviética experimentó cambios de importancia, que incluían una importante apertura al exterior, hizo pensar en una renovación en los comportamientos de la dirigencia, en un replanteo de muchos de los objetivos económicos, políticos y sociales, y también de los métodos para alcanzarlos. Por supuesto, a pesar de la opinión posterior de algún dirigente opositor a Gorbachov², esa renovación no incluía en manera alguna el desmantelamiento del régimen.

El nuevo líder nació el 2 de marzo de 1931 en el distrito de Stavropol, en el Cáucaso³. Su familia era de campesinos y sus abuelos vivieron el proceso de colectivización y las purgas del stalinismo: uno de ellos estuvo preso entre 1934 y 1937 por su negativa a incorporarse a un *koljóz*, y el otro fue encarcelado durante las purgas acusado de ser miembro de una agrupación trotskista. En cambio, su padre recibió la orden de Lenin en 1949 por superar la cuota anual de la cosecha. El joven Mijail ingresó al *Konsomol* en 1946, y cuatro años más tarde ganó una plaza para estudiar leyes en la Universi-

dad de Moscú, lo que da cuenta de su inteligencia y ambición, así como también de sus contactos políticos.

Durante sus años de vida universitaria en la capital conoció a Raisa Titorenko, una aventajada estudiante de filosofía, marxista convencida, quien se convirtió en su esposa y en una importante figura a lo largo de toda la carrera política de su marido.

Luego de graduarse, Gorbachov retornó a Stavropol, donde inició su carrera de *apparatchik*. El ascenso fue rápido, primero en el *Konsomol* y luego en el partido, hasta el punto de convertirse en primer secretario del mismo en el distrito a los 39 años. Su trayectoria se vio favorecida por el hecho de que Stavropol era un lugar de veraneo de los líderes soviéticos; allí lo conocieron tanto Suslov como Andropov, y este último lo llevó a Moscú en 1978, para que se desempeñara como secretario de Derecho del *Politburó*.

Desde su aparición en la escena política, muchos compararon a Gorbachov con Kruschov. A pesar de las obvias diferencias en experiencia generacional, educación y estilo, ambos tenían significativos elementos en común: un origen campesino, la urgencia reformista, un optimismo a toda prueba, la creencia en el sistema comunista y una gran confianza en sí mismos. Sin embargo, había una diferencia fundamental: mientras Kruschov era un combatiente, Gorbachov era un negociador, un buscador de consensos; este rasgo del nuevo secretario general tuvo mucha incidencia en los acontecimientos futuros.

La primera tarea que se propuso Gorbachov fue la formación de un equipo que le permitiera llevar adelante sus propuestas y también ganar poder frente a quienes desde posiciones conservadoras se mostraban poco receptivos a los cambios, aunque no lo manifestaran en sus discursos públicos. Los principales integrantes eran: Yegor Ligachov, Nicolás Rhyzkov, Victor Chebrikov, pero sobre todo Eduard Shevardnadze —designado ministro de Relaciones Exteriores— y Alexander Yakovlev, encargado de las áreas de Cultura y Propaganda. Muchos de quienes rodeaban a Gorbachov, que habían sido admiradores de Kruschov, ahora tenían oportunidad de profundizar en las reformas, evitando los errores en los que cayó el primer gobernante que intentó producir cambios en el régimen soviético.

La *perestroika* tecnocrática

En la primera mitad de la década de 1980 la declinación económica de la URSS y sus causas se habían convertido en un tema de estudio tanto en los ámbitos académicos occidentales como en la misma Unión Soviética. Por supuesto, ya en los años anteriores se analizaban sus dificultades, pero

ahora la cuestión parecía residir en el irreversible deterioro en su *performance* a lo largo del tiempo.

Uno de los argumentos utilizados con frecuencia era el enorme peso del gasto militar en el presupuesto del Estado. Hacia 1980, aun las estimaciones más moderadas mostraban que la Unión Soviética gastaba entre el 15 y el 17% del PBI. Incluso en los círculos gubernamentales había quienes desde años atrás admitían que el crecimiento económico podía ser más acelerado si disminuyeran los recursos utilizados para sostener la «pulseada» con los Estados Unidos.

Sin embargo, para la mayor parte de los especialistas, la causa principal de las dificultades económicas se encontraba en los problemas generados por el sistema de planificación centralizada. Existía una coincidencia respecto de que la planificación era útil para la movilización en gran escala de factores de producción antes inutilizados, y también para alcanzar resultados significativos cuando el número de objetivos a alcanzar eran limitados.

En cambio, el sistema mostraba serios problemas cuando se trataba de impulsar el crecimiento incrementando la eficiencia en el empleo de los factores productivos, lo que se denomina crecimiento «intensivo». En el IX Plan Quinquenal (1981-1985) se calculaba que el 85% del crecimiento debía provenir justamente de incrementos en la productividad. Pero existía un impedimento fundamental para el incremento de la eficiencia: el sistema de precios fijos establecidos de manera arbitraria, que impedía conocer los costos reales de las mercancías que se fabricaban, y también tomar decisiones frente a opciones alternativas. En particular, el mantenimiento de precios fijos para los alimentos, situados muy por debajo de los costos, obligaba al Estado a otorgar cuantiosos subsidios que afectaban el equilibrio de las cuentas públicas, con el consiguiente impacto inflacionario.

El funcionamiento de la economía seguía privilegiando los objetivos cuantitativos por sobre la calidad y la eficiencia en la producción, de allí que la industria soviética consumiera mucha mayor energía y materias primas por unidad de producto que la de los países desarrollados, para obtener resultados de muy inferior calidad. Esta síntesis ilumina toda la cuestión:

el sistema produce máquinas-herramientas para las cuales no hay operarios, tractores para los cuales no hay conductores, trilladoras que saben que no van a funcionar. Millones de trabajadores perciben salarios por estas tareas, y con ese dinero aspiran a comprar bienes, pero en los negocios no hay bienes para comprar, simplemente porque su trabajo no los ha producido⁴.

Otro problema serio era el hecho de que las exigencias que planteaba el cumplimiento de los objetivos forzaban a la toma de decisiones de corto plazo en las cuales se malgastaban recursos y se elevaban los costos. Ade-

más, y esta cuestión era muy importante, la planificación se enfrentaba con la innovación tecnológica: cualquier intento de modificar los procesos productivos tradicionales, incluso aunque fueran exitosos, ponía en riesgo por lo menos el cumplimiento de los objetivos.

La madurez del sistema planteó un problema adicional aunque directamente vinculado con lo anterior: hacia principios de la década de 1980 la mayor parte del capital industrial estaba obsoleto, y aunque continuaba adelante con la producción lo hacía en condiciones cada vez más desfavorables. Este proceso impedía la modernización del equipo ya que, para seguir produciendo, las industrias absorbían recursos que podrían haberse utilizado para impulsar un cambio estructural. Por lo tanto, había sectores que cumplían con las cantidades establecidas por la planificación año tras año pero al costo de mantener en el atraso otros sectores que necesitaban inversiones importantes para actualizar su tecnología y sus procesos de fabricación.

A la vista de estas debilidades, no es sorprendente que el crecimiento se hiciera cada vez más lento a medida que el sistema maduraba. La necesidad de planificar la producción y distribución de millones de productos diferentes superó la capacidad de procesamiento del sistema. Esa complejidad se intentó neutralizar por medio de la utilización de grandes agregados y de indicadores más simples, lo que facilitó el diseño del plan pero hizo más difícil su implementación, multiplicándose las inconsistencias y los «cuellos de botella». La existencia, ya comentada, de una creciente «segunda economía», tenía mucho que ver con las múltiples deficiencias del sistema.

Gorbachov y el equipo que lo rodeaba iniciaron su gestión sin tener una estrategia económica definida. A los seis meses, en unas declaraciones realizadas al diario *Times* sostuvo que tenía en mente un «grandioso» programa de reformas, pero evidentemente no estaba la economía entre sus prioridades iniciales, pese a que las circunstancias externas presionaban de manera significativa.

En efecto, el desafío lanzado por el presidente Reagan al impulsar el proyecto de la «Guerra de las Galaxias» forzaba, si se quería continuar la carrera armamentista, a incrementar el gasto militar de manera sustancial impulsando el desarrollo de nuevas tecnologías, en perjuicio de otros sectores de la economía. Para agravar aún más la situación, el comercio exterior de la URSS se veía afectado por la ya citada caída de los precios del petróleo en un momento en el que se consideraba imprescindible el equipamiento tecnológico abasteciéndose de maquinaria proveniente del mundo capitalista. Por lo tanto, era preciso actuar, y había que hacerlo rápidamente.

En buena medida, Gorbachov compartía la idea de Andropov de que uno de los problemas principales de la estructura productiva residía en la falta de disciplina laboral, por lo que no resultó extraño que la primera decisión

de importancia, adoptada dos meses después de haber accedido al poder, fuera la de iniciar una campaña destinada a disminuir el consumo de alcohol, un problema tradicional de los rusos que se había agravado en los últimos años. Las medidas fueron amplias e incluían la reducción de la producción estatal de vodka y vino, el aumento de la edad mínima para consumir alcohol y la disminución del número de horas durante las cuales se podía vender bebida en los negocios minoristas.

Los resultados de la campaña fueron contradictorios: al contraerse el consumo de alcohol se produjo una disminución en los accidentes laborales y en las muertes de trabajadores, pero por otro lado cayó un 3,5% la recaudación estatal, se incrementó la economía «negra» al destilarse vodka de manera ilegal, y se agravó la inflación reprimida⁵. Sin embargo, estaba claro que su efecto sobre el comportamiento de la economía era muy limitado y la impresión general fue de fracaso.

Evidentemente, hacía falta mucho más para aumentar la tasa de crecimiento, y en este aspecto Gorbachov no parecía en principio dispuesto a innovar: el XII Plan Quinquenal (1986-1990) seguía poniendo el énfasis en la planificación centralizada y en el incremento de la tasa de inversión; «aceleración» era la palabra clave. En esos años, sin duda no estaba en la cabeza del líder producir modificaciones que implicaran el abandono de las bases sobre las que se asentaba el sistema soviético; con frecuencia afirmaba que su política era «auténticamente leninista». Probablemente tenía en mente el desarrollo de la actividad comercial y de los servicios a pequeña escala, sin impulsar la descentralización de las decisiones económicas. En donde se percibía con claridad que estaba intentando producir cambios era en tornar más humanas las relaciones sociales y económicas involucrando a los trabajadores en la producción industrial; se trataba de motivarlos por medio de incentivos en lugar de ejercer el control de manera autoritaria.

A pesar de su moderación, la política de Gorbachov encontraba resistencias: en junio de 1986, en una alocución *off the record* realizada en la Unión de Escritores, afirmó que la autoridad de quienes coordinaban los planes económicos era mayor a la del Comité Central y la del secretario general: utilizando sus propias palabras, «hacen lo que quieren».

La «segunda» *perestroika*: los cambios económicos y políticos

Transcurrido poco tiempo de su gestión, Gorbachov llegó a la conclusión de que la reforma no podía reducirse a cuestiones de tipo económico, más allá de lo estrechamente limitadas que éstas habían sido tanto en su

concepción como en su ejecución. En un pleno del Comité Central celebrado en enero de 1987 no sólo atacó a Stalin y, sin nombrarlo, a Brezhnev, sino que impulsó un proceso de democratización, de manera que fueran los ciudadanos y no los miembros del partido quienes eligieran a quienes iban a formar parte de los órganos de gobierno.

Unos meses antes, en el XXVII Congreso del PCUS, celebrado en febrero-marzo de 1986, había declarado que los problemas del país exigían una reforma «radical», que incluía la transparencia informativa (*glasnost*). Lo que hasta ese momento el secretario general visualizaba como operaciones realizadas «desde arriba», impulsadas y apoyadas por la *nomenklatura*, que abrazaría con entusiasmo y patriotismo las tareas que la dirección del PCUS le encomendara, ahora empezaba a percibirlo de manera diferente: la burocracia no era parte de la solución de los problemas soviéticos sino una parte importante del problema.

La implementación de la *glasnost* permitió la difusión y discusión de temas antes vedados a los ciudadanos: hasta el rumbo económico y las bases mismas del sistema soviético comenzaron a ser objeto de debate. Pero además, incluso la limitada apertura inicial puso en marcha una serie de procesos importantes:

1) Después de décadas de silencio, sectores de la sociedad rusa expresaron sus demandas, y al verificar que el partido no estaba en condiciones de responder a sus expectativas —mejor nivel de vida, mayor libertad personal—, empezaron a buscar líderes y respuestas en otros ámbitos;

2) Amplios sectores dentro del PCUS comenzaron a experimentar alarma por lo que estaba ocurriendo, en tanto pensaron que podría ser peligroso para el partido y para el conjunto del sistema soviético. El mismo Gorbachov asumía que el pluralismo iba a jugar a su favor, pero rápidamente descubrió que también podía volverse en su contra;

3) La dinámica política condujo a una radicalización de las reformas: cuanto mayor era el grado de cambios que se quería producir en el sistema, mayor era la resistencia de los conservadores y entonces más dura se convertía la tarea a realizar.

La voluntad reformista de Gorbachov se vio sin duda incrementada por un acontecimiento trágico: el 26 de abril de 1986 se produjo una tremenda explosión en uno de los reactores nucleares situado en Chernobyl (Ucrania). Se trataba del mayor desastre nuclear después de las bombas de Hiroshima y Nagasaki, y tanto la explosión como la actitud posterior de las autoridades soviéticas mostraron los defectos de una economía centralmente planificada que operaba con una tecnología de alto riesgo con dejadez, irresponsabilidad y de manera secreta. Apenas conocido el episodio, las autoridades

trataron de ocultarlo, siendo los observatorios de Suecia los que llamaron la atención al mundo sobre el aumento de la radiación. Ante una información retaceada y censurada, muchos de los ciudadanos de la URSS entraron en pánico debido a la emergencia de un peligro desconocido, agitado por rumores de todo orden. Cuando finalmente se decidió a actuar, evacuaron a 100.000 personas del área afectada por la explosión; unos años más tarde se confirmó que hubo 8000 muertos y se vieron afectados en su salud por las radiaciones varios cientos de miles de personas.

La *glasnost* se convirtió en el eje de la estrategia reformista, ya que por medio de la libre discusión Gorbachov podía lograr el apoyo de los sectores intelectuales críticos y combatir así la fuerza de la burocracia que, de manera abierta o solapada, operaba en contra de su gestión. Como consecuencia de la apertura informativa y de la ampliación de las libertades individuales comenzaron a surgir asociaciones, grupos variados de discusión que, si bien no eran admitidos por la ley, pudieron desarrollar sus actividades generando espacios de participación que estaban fuera del control del partido. La Ley de Asociaciones Públicas se sancionó en 1990 pero ya tres años antes existían alrededor de 30.000 grupos «informales» que involucraban a millones de ciudadanos.

LA PERESTROIKA ECONÓMICA

Entre quienes, desde el entorno de Gorbachov, impulsaban las políticas reformistas, la idea de que era necesario otorgarle un papel relevante al mercado fue ganando fuerza, tomando algunos como referencia la Nueva Política Económica impulsada por Lenin en 1921 y defendida más tarde por Bujarin, mientras que otros directamente adhirieron a concepciones de corte liberal, situadas prácticamente en las antípodas del modelo económico soviético.

A partir de 1987 y hasta 1989, Gorbachov encaró una etapa de aceleración de las reformas económicas, pero no como parte de un plan concebido y madurado en los años anteriores, sino como consecuencia de una estrategia de «prueba y error», en tanto quienes asesoraban al secretario general en temas económicos provenían de corrientes de pensamiento muy distintas (y enfrentadas), y operaban sobre un líder de conocimientos limitados en la materia, cuyos objetivos evidentemente se fueron modificando a medida que se intensificaban los enfrentamientos políticos⁶. Las principales decisiones fueron de tres tipos: 1) medidas destinadas a descentralizar una economía de base estatal; 2) medidas para legitimar las actividades económicas no realizadas por el Estado (y por lo tanto no planeadas); 3) medidas orientadas a impulsar el comercio internacional y las inversiones externas.

Las reformas que se concretaron en esos años fueron una serie de cambios organizativos —el decreto que autorizaba la creación de empresas con aportaciones de capital extranjero de hasta el 49% del total; la Ley de Empresas del Estado, que otorgaba mayor autonomía a los ejecutivos y trabajadores, o la Ley de Cooperativas, que legalizaba una amplia gama de pequeños negocios— que sin duda debilitaban la planificación centralizada pero no la reemplazaban.

Los resultados fueron decepcionantes, en principio porque se trataba de medidas cosméticas que, por ejemplo, liberaban a las empresas públicas de muchas de las restricciones que les imponía la planificación centralizada; sin embargo, sin bancos privados donde poder disponer de capitales, y sin mercados para acceder a materias primas o insumos, los potenciales empresarios veían muy difícil la posibilidad de tener éxito. Además, el poder que seguía detentando la burocracia, y su recelo incluso respecto de esta tímida liberalización de la economía determinaba que se multiplicaran las trabas para el desarrollo de todo tipo de actividad privada.

Por otra parte, algunas medidas puntuales tuvieron un efecto catastrófico. Una de ellas fue la práctica de financiar las nuevas construcciones por fases para poder controlar los costos de ejecución. Al cambiar continuamente las prioridades, miles de obras se paralizaron por falta de financiamiento, potenciando así el déficit presupuestario, que llegó al 10% del PBI en 1989, con el impacto inflacionario correspondiente, pese a la existencia de fuertes controles de los precios.

Las dimensiones del fracaso pueden apreciarse con los crecientes problemas de aprovisionamiento que experimentó la población. Hacia fines de 1988 la carne estaba racionada en 26 de las 55 regiones de Rusia, y aún mayor era la escasez de azúcar. Las razones de esta situación que soliviantó a la población en contra de Gorbachov se encuentran, por supuesto, en la incoherencia de las políticas adoptadas pero también en la existencia de operaciones de sabotaje provenientes de sectores del partido que en algunos casos cumplían con la legislación sólo en las partes que no afectaban sus intereses y se desentendían del resto, y en otros directamente sustraían las mercancías del mercado.

Ya se ha hecho referencia en el apartado correspondiente a la existencia de mafias económicas, cuyo florecimiento comenzó a percibirse durante la época de Brezhnev, vinculadas a las esferas gubernamentales y a diferentes niveles del aparato del Estado, pero fue en estos años cuando adquirió enormes dimensiones, preparando el terreno para lo ocurrido luego de producida la desintegración de la Unión Soviética. Funcionando a la vez como causa parcial del desabastecimiento —en la medida en que contribuían a activarlo desviando productos de los circuitos normales de manera ilegal— y como beneficiarios —suministrando bienes en condiciones que

les permitían obtener grandes ganancias—, estos grupos se enriquecieron aprovechando el desbarajuste creciente que estaba destruyendo a la economía soviética.

LAS TRANSFORMACIONES INSTITUCIONALES

A medida que aumentaban los problemas para Gorbachov se tornaba más vigorosa la oposición conservadora, y también el disconformismo de los sectores radicales. Ligachov, uno de los hombres que había ascendido con el líder de la *perestroika* y no podía ser alineado con los grupos que frenaban las reformas, fue de los que con mayor fuerza expresó su temor respecto de lo drásticos que estaban resultando los cambios y de la pérdida del control de la situación por parte del PCUS.

Por su parte, los grupos reformistas extremos, entre los que ocupaba un lugar importante el secretario del partido en Moscú, Boris Yeltsin, reclamaban una mayor velocidad en los cambios. Este dirigente había ganado popularidad en la capital como consecuencia de su denuncia de la corrupción de las autoridades, por lo que la burocracia lo detestaba. Gorbachov simpatizaba con sus posiciones pero no podía enemistarse abiertamente con Ligachov, que controlaba el aparato del partido.

Boris Yeltsin, la figura política emergente en esos momentos, había nacido en 1931, el mismo año que Gorbachov, en la provincia más industrial de la región de los Urales, Sverdlosk⁷. Su padre era un obrero de la construcción de carácter violento, y tuvo una infancia dura ya que como hermano mayor debía asumir las tareas del hogar, además de ir a la escuela. Egresado de un Instituto Politécnico, empezó trabajando como obrero de la construcción para luego desempeñarse en diferentes oficios. La entrada en la vida política se produjo recién a los treinta y tres años de edad. Su voluntad de trabajo y también su obediencia a las normas del partido le permitieron ascender hasta ser nombrado primer secretario en Sverdlosk. De allí pasó a Moscú a ocuparse del sector de la construcción en el Comité Central del PCUS, durante el período de Brezhnev, siendo luego Gorbachov, su futuro rival, quien lo nombró en el puesto clave de secretario en Moscú. Desde ese cargo participó de manera personal en operativos anticorrupción y destituyó a los funcionarios que consideraba ineficientes, hechos que le dieron la oportunidad de ganar apoyo de sectores significativos de la ciudadanía moscovita y le permitieron hacer gala de su populismo.

Los enfrentamientos llegaron a un punto extremo en un pleno del Comité Central celebrado el 21 de octubre de 1987, en el que Gorbachov abundó en la crítica de los sectores conservadores, siendo apoyado por Yeltsin, quien

personalizó la acusación en la figura de Ligachov. El enfrentamiento que se generó obligó a Gorbachov a resignar sus posiciones más radicales, y pocos días más tarde Yeltsin fue destituido de sus cargos, mostrando la solidez que todavía tenían en ese momento las posiciones conservadoras.

Pero hubo más: en marzo de 1988 una desconocida profesora de Química de un instituto de Leningrado, Nina Andreeva, publicó un artículo titulado «No puedo renunciar a mis principios», en el que sin nombrar a Gorbachov cuestionaba seriamente el rumbo de la *perestroika*; el texto fue considerado un manifiesto de advertencia al nuevo líder, tuvo un fuerte impacto en las esferas de poder y contribuyó a que se incrementaran los cuestionamientos a Ligachov, acusado de haber impulsado su publicación⁸.

De cualquier manera, durante 1988 Gorbachov siguió adelante y concretó importantes reformas institucionales, que apuntaban a disminuir el poder del partido sobre el Estado por medio de la creación de nuevas instituciones elegidas por el pueblo. El viejo Soviet Supremo conformado por 1450 miembros que se reunían unas pocas semanas al año fue reemplazado por el Congreso de Diputados del Pueblo, compuesto por 2250 representantes, cuya principal función era la elección de un nuevo Soviet Supremo de 542 miembros, organismo que se reuniría ocho meses al año, desarrollando una amplia actividad, dividido en dos cámaras: el Soviet de la Unión y el Soviet de las Nacionalidades. Por su parte, se proponía que el Congreso de Diputados estuviera compuesto de tres cámaras, cada una con 750 miembros. Los integrantes de dos de ellas serían elegidos por sufragio secreto en comicios generales competitivos, mientras que los miembros de la tercera provendrían de representantes de grupos como el Partido Comunista, los sindicatos, el movimiento cooperativo, los consejos de mujeres, las academias científicas, el *Konsomol*, que iban a tener un número de asientos garantizados.

Las reglas establecidas para la selección de candidatos a desempeñarse como diputados aseguraban que el partido siguiera manteniendo un control estricto, y que tuvieran dificultades para ascender figuras con perfil opositor. El único ámbito en el que los candidatos propuestos por el oficialismo resultaron derrotados fue en las elecciones de la Academia de Ciencias, en las que fueron nominados un grupo de opositores radicales, entre los que se encontraba Sajarov.

El objetivo de Gorbachov al impulsar estas modificaciones era el de contar con instituciones que le permitieran disponer de un poder independiente del Comité Central para contar con la legitimidad que le proveía el hecho de haber sido elegido por los ciudadanos rusos.

Las primeras elecciones con el nuevo sistema se celebraron en marzo de 1989 en un ambiente de acusado interés público, y los resultados dieron lugar a variadas interpretaciones. En principio, no menos del 87% de los diputados electos eran miembros del Partido Comunista, pero también figu-

ras importantes como el disidente Andrei Sajarov y Boris Yeltsin, el candidato más votado, resultaron elegidos. Como contrapartida, alrededor del 20% de los dirigentes que se presentaron fueron derrotados⁹, aunque el mismo Gorbachov explicó que su derrota no se debía a que eran comunistas sino a que eran percibidos por los votantes como burócratas y conservadores. Por lo tanto, el secretario general contaba con los votos suficientes como para aprobar cualquier reforma, e incluso disponía de mayoría calificada que le permitía sancionar reformas constitucionales.

El acto de inauguración de las sesiones del Congreso el 25 de mayo fue pensado por Gorbachov como un acontecimiento al que debía dársele máxima difusión, ya que aspiraba a conmover, contribuyendo a crear una «escuela para la democracia» en una sociedad que en su historia sólo había vivido un clima democrático entre febrero y octubre de 1917. Las cámaras de televisión registraron en detalle todo el evento, cientos de periodistas internacionales fueron enviados a Moscú; la apertura política estaba en marcha. Sin embargo, su éxito estaba ligado a lo que hiciera el gobierno; en todas las sociedades, no sólo en la soviética, el activismo político en gran escala no es un fenómeno permanente: si quienes ostentan el poder no aciertan, la mayor parte de los ciudadanos no sólo se vuelven apáticos sino que incluso pueden manifestarse hostiles al proceso mismo.

Por otra parte, para muchos todo el tinglado democrático parecía sustentarse exclusivamente en la figura de Gorbachov y en su voluntad de reforma. Sin embargo, poco a poco la situación se fue descontrolando, por errores del mismo Gorbachov y por la postura extrema adoptada por quienes de la noche a la mañana mostraban una tremenda ferocidad en la crítica, que contrastaba con su anterior obediencia a las normas del partido.

En un principio, el Congreso no reconocía la existencia de grupos o partidos; todos eran comunistas, pero las divergencias se fueron plasmando rápidamente: el denominado Grupo Interregional agrupó a alrededor de 230 diputados de tendencias radicales, que tomaron distancia respecto del reformismo de Gorbachov. A su vez, los conservadores conformaron el grupo *Soyuz* (Unión), que contaba con 561 diputados, y los partidarios de Gorbachov sumaban 730 diputados. El estudio de la composición del Congreso ha llevado a los expertos a sostener que en virtud de los todavía vigentes principios de disciplina partidaria, muchos diputados habrían votado por Gorbachov¹⁰. Pero el tema es que el líder en ningún momento se propuso seriamente encolumnar a los diputados alrededor de un programa que preservara la integridad de la Unión Soviética y avanzara en la democratización; como consecuencia de ello sus partidarios se encontraron con que no tenían papel alguno que desempeñar. Mientras tanto, los defensores más radicales de la democratización se organizaban: a principios de 1990 se creó la organización denominada Plataforma Democrática, que impulsaba la introducción

de un sistema socialdemócrata siguiendo los modelos occidentales; de esta Plataforma surgió Rusia Democrática, destinada a ejercer influencia defendiendo la transición a una economía de mercado.

En la agenda de los diputados radicales figuraba en primer plano la modificación del sistema político a los efectos de acabar con el monopolio del PCUS; este paso implicaba la supresión del artículo 6 de la Constitución de 1977, una decisión que generaba reacciones muy fuertes entre los sectores conservadores. Su modificación, aprobada en marzo de 1990, establecía que en lugar de ser el PCUS «la fuerza principal y guía de la sociedad soviética, y el núcleo de su sistema político», ahora

el PCUS y otros partidos políticos, así como sindicatos y otras organizaciones públicas y movimientos de masas, iban a tomar parte en la elaboración de la política del Estado Soviético¹¹.

La importancia de esta decisión no puede ser exagerada: implicaba rectificar un rumbo que se había tomado muy poco tiempo después de la Revolución de Octubre. Gorbachov operó con gran habilidad para lograr que dentro del partido fuera aceptada la desaparición de su hegemonía en la sociedad¹², pero contó a su favor con el hecho de que se había extendido entre la militancia una enorme crisis de confianza, al ponerse en cuestión principios hasta entonces indiscutibles. Muchos integrantes del PCUS se manifestaban con fuerza en contra de los privilegios y la corrupción imperante pero no presentaban una alternativa viable; la capacidad operativa de Gorbachov los encolumnó detrás de sus propuestas, pero la cuestión residía en que el líder tampoco tenía un plan elaborado y una clara visión de cómo llegar a la democracia que planteaba como objetivo final.

Mientras tanto, la situación general se agravaba, y no sólo en el terreno económico: gracias a la *glasnost* los ciudadanos soviéticos pudieron enterarse de lo ocurrido en la segunda mitad del año 1989 en los países de Europa del Este: a partir del derrumbamiento de los regímenes comunistas, los dirigentes de las diferentes repúblicas comenzaron a pensar el futuro en términos de independencia respecto de la Unión Soviética.

El retorno de la cuestión nacional

El establecimiento oficial de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas a principios de 1924 fue esencialmente un compromiso entre Rusia y entidades políticas más pequeñas: en esos años, Ucrania, Bielorrusia y las repúblicas transcaucásicas, Armenia, Azerbaiján y Georgia. Como se ha

comentado, este compromiso, impulsado por Lenin, era definido como una política «nacionalista en la forma, socialista en el contenido». En los primeros años se favoreció el desarrollo de las culturas no rusas y de un clima que permitió el crecimiento de las élites nacionales, lo que se manifestó con fuerza sobre todo en Ucrania y Bielorrusia.

Con el triunfo de Stalin esta política se abandonó a favor de una mayor centralización, y se desplegó un fuerte ataque contra lo que era definido como «nacionalismo burgués». Si bien subsistía la opción de la secesión para las repúblicas de la URSS, las condiciones eran fuertemente restrictivas¹³. La idea del líder apuntaba a la creación de una comunidad socialista supranacional en la cual la conciencia nacional (rusa o de cualquier otra nación) fuera cosa del pasado. Al mismo tiempo, sin embargo, se fueron creando nuevas repúblicas hasta alcanzar el número de 15: ya a fines de 1924 surgieron Uzbekistán y Turkmenistán para dar satisfacción a las demandas de autonomía de los musulmanes de Asia Central; en 1929 se dividió Uzbekistán formando la República Soviética de Tayikistán; en 1936 Transcaucasia se dividió oficialmente en las tres repúblicas de Armenia, Azerbaiján y Georgia, y fue creada Kazajistán, la segunda república más extensa (después de Rusia). Finalmente, los avatares de la guerra trajeron como consecuencia la anexión de Lituania, Estonia y Letonia, y también fue creada en 1940 la República de Moldavia¹⁴.

El Gran Terror también se cobró como víctimas a integrantes de las élites nacionales así como también a millones de ucranianos y ciudadanos de otras nacionalidades, mientras que los Planes Quinquenales destinados a impulsar el desarrollo industrial contribuyeron a despoblar los campos en unas repúblicas en las que la actividad agraria era dominante.

En el período de posguerra, luego de un impulso al proceso de «rusificación» que se desplegó en los últimos años de la vida de Stalin, se llevaron a cabo algunos intentos gubernamentales de enfrentar la «cuestión nacional». A partir del gobierno de Kruschov, fue ganando fuerza la idea de una fusión de las diversas naciones y ya durante la época de Brezhnev, siguiendo la línea de Stalin pero sin el componente de la violencia, se impulsó la creación de un «hombre soviético» que emergiera superando las particularidades nacionales. Sin embargo, este proyecto no tuvo mayor desarrollo fuera de las tres naciones eslavas y del norte de Kazajistán, donde la mayor parte de la población era rusa. En cambio, la iniciativa oficial más exitosa, vigente ya desde la década de 1930, fue la glorificación del pasado ruso, el impulso propagandístico a un nacionalismo que también se manifestaba en otros terrenos. Por ejemplo, el ruso se fue difundiendo como el lenguaje de la comunicación entre los habitantes de las diferentes repúblicas; hacia principios de la década de 1980 era muy difícil progresar en la vida profesional sin dominar el idioma ruso, que era el hablado por la mayoría de la población en repúblicas como Ucrania y Bielorrusia.

Sin embargo, al mismo tiempo que se verificaba esta situación, en otros temas el período de Brezhnev estuvo caracterizado por lo que se ha denominado «compromiso corporativo»¹⁵, un reconocimiento desde Moscú de que las repúblicas debían ser gobernadas por ciudadanos oriundos de ellas, profundizando una política ya desplegada pero de manera poco consecuente por Kruschov. Desde 1964 a 1982 sólo se produjeron cuatro casos en los que se intervino desde el gobierno central para remover autoridades de algunas de las repúblicas de la URSS. Los dirigentes adquirieron entonces una estabilidad impensable en años anteriores, lo que les brindaba oportunidades para montar sus aparatos de dominación y desarrollar redes de corrupción, con la casi completa seguridad de que no iban a ser «molestados» desde el Kremlin. Por supuesto, este compromiso con las elites locales afectaba la cohesión del sistema, en la medida en que a su vez iba acompañado de un control cada vez mayor de los rusos en la cúspide de la URSS: en 1966 en el *Politburó* había seis rusos sobre un total de once; quince años más tarde los rusos eran diez sobre catorce, y el secretariado del PCUS estaba integrado totalmente por rusos.

Por lo tanto, puede decirse que en el momento en que se produjo el ascenso de Gorbachov al poder, la Unión Soviética conformaba un imperio multinacional que se mantenía unido por una combinación de instrumentos de coerción y mecanismos de adoctrinamiento ideológico. La mayoría de las ciudadanos sin duda alguna aceptaba la situación; muy pocos simpatizaban en ese momento con las demandas radicales de los nacionalistas, aunque también era incuestionable que las tensiones entre diferentes grupos étnicos persistían y la idea de un «hombre soviético» estaba muy lejos de haberse hecho realidad.

En cuanto a las cuestiones de orden étnico-demográfico, la población y distribución de las nacionalidades en las diferentes repúblicas era en 1989 como se indica en el cuadro N° 13 (en página siguiente). Esta realidad generaba dos tipos de problemas: 1) las enormes diferencias de población hacían dificultosa la descentralización democrática: si cada república tenía igual representación en el Congreso podía darse que ocho repúblicas, con alrededor del 10% de la población total, podían disponer de un poder dominante; 2) la presencia de un porcentaje significativo de ciudadanos de origen ruso en algunas de esas repúblicas constituía un factor potencial de inestabilidad.

En los primeros tiempos de la *perestroika*, Gorbachov no pensaba que la estructura de la Unión Soviética estuviera en peligro, pero estaba convencido de que resultaba imprescindible impulsar modificaciones en el régimen federal existente. El problema residía en que por una parte el sistema era extraordinariamente centralizado pero las repúblicas tenían derechos legales que iban más allá de los que existían en otros regímenes federales: eran miembros soberanos de una alianza en la que tenían derecho a la secesión.

CUADRO N° 13
Población y etnias de la URSS, 1989
Expresado en porcentajes, a menos que se aclare lo contrario

REPÚBLICA	Población total (en miles)	Nacionalidad local en la república	Rusos en la república	Rusos en la capital
REPÚBLICAS ESLAVAS				
Rusia	147.022	81,5	81,5	89,7
Ucrania	51.452	72,7	22,1	20,9
Bielorrusia	10.152	77,9	13,2	20,0
PAÍSES BÁLTICOS Y MOLDAVIA				
Moldavia	4.335	64,5	13,8	26,5
Lituania	3.675	79,6	9,4	20,3
Letonia	2.667	52,0	34,0	47,4
Estonia	1.566	61,5	30,3	41,1
ASIA CENTRAL Y KAZAJSTÁN				
Uzbekistán	19.810	71,4	8,3	34,0
Kazajstán	16.464	39,7	37,8	59,2
Tayikistán	5.093	62,3	7,6	32,8
Kirguistán	4.258	52,4	21,5	55,9
Turkmenistán	3.523	72,0	9,5	32,6
TRANSCAUCASIA				
Azerbaiján	7.021	82,7	5,6	18,0
Georgia	5.401	70,1	6,3	10,1
Armenia	3.305	93,3	1,6	2,0

Fuente: Hough, 1997.

A medida que se profundizaba la *glasnost*, la situación se fue tornando crecientemente inestable, y frente a la debilidad del gobierno central y a las dificultades económicas, ciudadanos de las diferentes repúblicas fueron tomando conciencia de su identidad nacional como opuesta a la soviética reclamando mayor control de sus propios asuntos y en algunos casos la auto-

determinación. De cualquier manera, como se verá, en la mayor parte de las repúblicas los reclamos se realizaban sin que hubiera una vocación mayoritaria de secesión. Además, en algunas repúblicas el nacionalismo fue impulsado por el accionar de miembros de la elite del PCUS, que de agentes locales de Moscú pasaron a desempeñar el papel de voceros de la resistencia local. En lugar de negociar con estos dirigentes, Gorbachov se enfrentó a ellos ampliando la brecha que los separaba.

El despliegue del proceso de democratización puso en primer plano en algunas de las repúblicas los conflictos entre minorías étnicas y el grupo nacionalista dominante: por ejemplo, en Georgia a partir de la existencia de revueltas en Osetia del Sur y en Abjasia; entre las repúblicas de Armenia y Azerbaiján por la región de Nagorno-Karabaj (de población mayoritariamente armenia pero colocada bajo la jurisdicción de Azerbaiján en 1923). En otras repúblicas, fundamentalmente las del Báltico, las aspiraciones independentistas, que en esa región como en ninguna otra tenían fuerza como consecuencia de su historia reciente, fueron creciendo y aprovecharon primero la apertura que brindaban la *perestroika* y la *glasnost*, y luego la creciente debilidad de Moscú, manteniendo a la vez una cohesión que les permitió plantarse de manera desafiante ante un poder que no estaba dispuesto a aplicar la fuerza. Los sectores conservadores del régimen comenzaron a pensar con creciente temor en la posibilidad de la disgregación de la Unión Soviética, y percibieron, lo mismo que los grupos nacionalistas, que no había un liderazgo fuerte en condiciones de controlar la situación.

Sin embargo —y a pesar de que el nacionalismo se fue desplegando progresivamente en todo el territorio de la URSS, con un punto alto en Georgia, donde en abril de 1989 el gobierno ordenó una represión en Tiflis, la capital, que dejó como saldo veinte muertos entre manifestantes y policías—, el problema más perturbador para la gestión de Gorbachov fue sin duda el surgimiento de un movimiento nacionalista ruso bajo el liderazgo de Yeltsin, quien haciendo uso de su popularidad lo utilizó como alternativa de poder frente a los sectores inmovilistas y frente al mismo Gorbachov. La República Rusa era casi una administración superflua, que vinculaba a las regiones del país con el gobierno central, la estructura política dominante. La creación de un Partido Comunista Ruso amenazó las bases de poder sobre las cuales se asentaba el secretario general del PCUS.

El «olfato» de Yeltsin se manifestó al percibir que la debilidad de Gorbachov permitía suponer que una estrategia política convenientemente orientada a potenciar a la República Rusa podía tornar superfluo el gobierno de la URSS. Los ciudadanos de todas las repúblicas consideraban que el centro dominante, Moscú, estaba controlado por Rusia; Yeltsin convenció a los rusos de que su país también estaba dominado por el gobierno de la URSS y necesitaba ser independiente. Sus argumentos respecto de los perjuicios

económicos y políticos prendieron entre la sociedad rusa como para volverse contra el debilitado centro.

La posición del PCUS frente al crecimiento del nacionalismo queda expresada por las decisiones adoptadas en el Pleno del Comité Central en septiembre de 1989: allí se puntualizó la necesidad tanto de incrementar los derechos de las formaciones nacionales dentro de la URSS como de asegurar iguales derechos para todos los ciudadanos y el libre desenvolvimiento de las diversas lenguas y culturas nacionales. La Unión debía establecerse sobre la base de acuerdos voluntarios porque

no hay repúblicas fuertes sin una unión fuerte, y no hay una unión fuerte si no hay repúblicas fuertes.

Sin embargo, estas buenas intenciones llegaban algo tarde; hacia 1990 la situación en las diferentes repúblicas había cambiado de manera que se percibía irreversible: todas habían declarado su soberanía económica, reivindicando el control exclusivo sobre sus recursos naturales y la capacidad para tomar decisiones autónomas en materia de política económica.

Uno de los acontecimientos cruciales en el proceso que llevó a la desintegración de la Unión Soviética fueron las elecciones legislativas celebradas en la República Rusa en marzo de 1990, cuyo resultado condujo un par de meses más tarde a la elección de Boris Yeltsin como presidente del Soviet Supremo de la República Rusa¹⁶. El nuevo presidente, irrumpiendo como competidor de Gorbachov, proclamó la soberanía rusa y anunció que las leyes de la República Rusa iban a tener precedencia sobre las leyes de la Unión Soviética. Asimismo, en ocasión del XXVIII Congreso del PCUS realizado en el mes de junio, Yeltsin renunció a su pertenencia al partido, tomando distancia respecto de toda una vida política desarrollada dentro del aparato del régimen. En adelante, el sistema soviético no sólo iba a estar amenazado por los nacionalistas de las diferentes repúblicas, sino también por los políticos rusos instalados en Moscú.

Durante este tiempo, la reacción de Gorbachov frente a los problemas generados por las reacciones nacionalistas fue la de evitar el uso de la violencia —el «síndrome de Tiflis» se hacía sentir— e intentar hacer más pausado el proceso aplicando la Ley de Secesión; pero el problema residía en que el camino que estaba transitando no satisfacía a los nacionalistas, que estaban impacientes por independizarse, pero tampoco a los conservadores, que querían acabar con todo el proceso, incluso haciendo uso de la fuerza necesaria para mantener la Unión.

La política exterior

En el momento en que Gorbachov ascendió al poder, la dirigencia tenía una visión negativa del lugar de la Unión Soviética en el mundo. La intervención en Afganistán no sólo había hecho entrar en crisis el proceso de distensión con los Estados Unidos sino que el gobierno de Moscú había quedado aislado en la arena internacional, condenado incluso por sus aliados y limitado en sus posibilidades de acceder a la tecnología occidental. Además, la presencia de las tropas soviéticas no había conducido a un éxito militar sino por el contrario a un callejón sin salida de enormes costos políticos y económicos, comparable a lo que le ocurrió a los Estados Unidos en Vietnam.

A diferencia de lo ocurrido en la política interior, en todo lo referente a las relaciones internacionales, Gorbachov mostró dinamismo y voluntad. Fue en ese terreno donde por primera vez hizo referencia a la necesidad de un «nuevo pensamiento», y también donde se realizaron designaciones que implicaban una efectiva renovación¹⁷. La más importante fue la ya citada de Shevardnadze, líder del partido en Georgia, como ministro de Relaciones Exteriores, reemplazando a Andrei Gromyko. Posteriormente, Gorbachov ha insistido en que tenía la convicción de que para poder llevar adelante reformas económicas y políticas era preciso contar con una situación internacional favorable¹⁸.

El rechazo de la visión bipolar del mundo, materializada en la Guerra Fría, era la idea principal de ese nuevo pensamiento, lo que implicaba la renuncia a la lucha por el poder global y el reconocimiento de que la seguridad de la Unión Soviética era inseparable y en parte compatible con la seguridad de otros países, incluyendo a los Estados Unidos. Si bien la concepción stalinista de «inevitabilidad de la guerra» había sido abandonada a partir de la proclamación de la coexistencia pacífica por parte de Kruschov, ésta fue acompañada por la idea de agudizar la lucha de clases en el Tercer Mundo; el énfasis que Gorbachov ponía en la interdependencia y en los valores individuales modificaba las concepciones vigentes desde la época de Lenin. En el XXVII Congreso del PCUS estas ideas fueron expuestas por primera vez, aunque matizadas por largas referencias a la profunda crisis general del capitalismo.

Una de las manifestaciones concretas y más rápidamente puestas en práctica de las concepciones de Gorbachov sobre la realidad internacional fue su accionar para impulsar el control de armamentos. Para llevar adelante su propuesta se enfrentaba con la iniciativa impulsada por Reagan del escudo antimisil («Guerra de las Galaxias»), así como también el cuestionamiento que desde los Estados Unidos se hacía a la URSS respecto de su intervención en Afganistán y de la política respecto a los derechos humanos.

No hay dudas respecto de que el empeño de Gorbachov en actuar seriamente sobre la cuestión de los armamentos se vio aumentado como consecuencia de la catástrofe de la central nuclear de Chernobyl, un *shock* para el líder, que pudo percibir la ineptitud de las estructuras burocráticas que conformaban la URSS; las críticas llegaban hasta quienes estaban a cargo del programa nuclear, una de las partes más impenetrables y secretas del sistema soviético. Además mostró con claridad a quien quisiera verlo lo que podía deparar una guerra nuclear; su reacción fue entonces impulsar con renovada fuerza un programa de desarme. Para que ello se efectivizara contaba con el hecho de que a pesar de su retórica belicista, el presidente Reagan compartía la idea del líder soviético de que las armas nucleares debían ser erradicadas.

En octubre de 1986 se produjo la primera reunión de los dos gobernantes de las superpotencias en Reykjavik, la capital de Islandia. Si bien de esta cumbre no salieron acuerdos concretos, y tampoco Gorbachov —que realizó importantes concesiones— logró que el gobierno de los Estados Unidos abandonara la idea de avanzar en el proyecto del escudo antimisil, hubo sin embargo puntos de coincidencia que permiten hablar del comienzo de un nuevo diálogo entre los dos protagonistas de la Guerra Fría.

Los meses que siguieron a la cumbre de Reykjavik marcaron la primera etapa del distanciamiento de Gorbachov respecto de algunos de sus colaboradores más cercanos, en particular Ligachov y Ryzhkov. El nuevo pensamiento fue visto por quienes lo cuestionaban como un mero recurso retórico que encubría una pragmática política de retroceso del poder soviético. A lo largo de 1987 Gorbachov dejó absolutamente claro que estaba dispuesto a dar por terminada la presencia soviética en Afganistán, a la que consideraba costosa y perjudicial para los intereses soviéticos; por supuesto, esta decisión implicaba enfrentarse con el complejo militar-industrial, pero durante estos primeros tiempos su capacidad dialéctica le permitió mantener un consenso mayoritario entre la dirigencia. Además, la política de *glasnost* tuvo, como una de sus consecuencias, que la situación de Afganistán fuera objeto de debate público, haciéndose oír las voces que pedían el retiro de las tropas.

El despliegue hasta las últimas consecuencias de su estrategia respecto de los Estados Unidos conducía a continuas concesiones en las cuestiones vinculadas con el desarme. Esta estrategia llevó a que en noviembre de 1987 se firmara en Washington un tratado por el que se eliminaban las armas nucleares de alcance intermedio, lo que significaba que la Unión Soviética iba a destruir cuatro veces más armamento que su rival. Atrás quedaban las exigencias que siempre planteaban los dirigentes soviéticos en todas las conversaciones sobre el tema del desarme, como por ejemplo la cerrada negativa a aceptar inspecciones en su territorio destinadas a verificar el cumplimiento de los acuerdos.

En el pensamiento de Gorbachov también tenía gran importancia la modificación de las relaciones con los países de Europa Occidental. Si bien inicialmente esta orientación del líder soviético fue vista como un intento de separar a Europa de los Estados Unidos, la cuestión se modificó cuando en diciembre de 1988 Gorbachov anunció en las Naciones Unidas una reducción de las fuerzas soviéticas de aproximadamente medio millón de efectivos, de las cuales 240.000 correspondían a tropas instaladas en Europa.

Las reacciones de los militares frente a esta decisión se expresó bajo la forma del retiro de varios oficiales de alto rango, pero a pesar de ello el balance para Gorbachov fue positivo en relación con sus expectativas: se comenzó a hablar cada vez con mayor frecuencia de la «casa común europea», y en los medios occidentales su accionar fue objeto de encendidos elogios.

La política de Reagan de desafiar el poder soviético en todos los terrenos se manifestó con fuerza en el Tercer Mundo, pero la realidad muestra también que esa presión se ejerció sobre un gobierno que estaba dispuesto a modificar su comportamiento exterior. La generalizada visión en Occidente respecto de que el apoyo directo de los Estados Unidos al régimen de los *mujaidines* en Afganistán fue un factor decisivo en el retiro de las tropas soviéticas debe ser matizada, en tanto antes del suministro de material bélico de importancia crucial ya Gorbachov había expresado oficialmente la voluntad de Moscú de retirar las tropas, lo que se efectivizó en febrero de 1989. Casi simultáneamente, se disminuyó de manera drástica la ayuda a países como Cuba, Vietnam y Nicaragua, mientras se presionaba para la búsqueda de soluciones políticas en conflictos regionales como los existentes en América Central y África.

Una de las razones que condujeron al cambio fue el enorme costo que significaba el apoyo a estos regímenes en términos presupuestarios, mientras que los beneficios eran extremadamente escasos. Ya muchos dirigentes en la Unión Soviética habían sostenido en los años 70 que la política respecto del Tercer Mundo era un fracaso, pero fue Gorbachov quien modificó la estrategia oficial. En una ocasión, el canciller Shevardnadze afirmó que países como Etiopía no estaban en condiciones de seguir el rumbo socialista y que el gobierno de Moscú no debía gastar recursos escasos en ayudarlos.

Como parte de esta nueva orientación, basada sin duda en consideraciones pragmáticas, la Unión Soviética manifestó explícitamente «su resuelta oposición a toda doctrina y teoría que justificara la exportación de la revolución»¹⁹; si bien se mostró interesado en buscar soluciones a temas como el de la deuda externa, la atención sobre el Tercer Mundo se reorientó hacia países como Brasil, Tailandia o Sudáfrica, con los cuales se podían desarrollar relaciones comerciales más fructíferas.

Pero sin duda la manifestación más concreta de las posturas de Gorbachov en materia de política exterior se verificó en el tema de los regímenes de Europa del Este.

LA CAÍDA DE LAS DEMOCRACIAS POPULARES

Al poco tiempo de asumir su cargo, Gorbachov dejó claro a los líderes de los países de Europa del Este que la Unión Soviética no iba a interferir más en sus asuntos internos, aunque sin duda en esos primeros tiempos pensaba que los países del Pacto de Varsovia iban a continuar siendo gobernados por comunistas. Todavía en octubre de 1987 advirtió al dirigente búlgaro Todor Zhivkov que sus políticas amenazaban con terminar con el control que ejercía el partido, aunque al mismo tiempo proclamaba la «libertad de elegir». Lo ocurrido con posterioridad obliga a preguntarse por las razones de este cambio, más allá del hecho indiscutible de que Gorbachov no estaba dispuesto bajo ningún concepto a utilizar la violencia para resolver el tema.

Algunos investigadores sostienen que, en principio, en los círculos cercanos a Gorbachov se pensaba que el éxito de las reformas que se iban a implementar en la URSS constituiría un modelo a seguir por los otros gobiernos. Por otra parte, también se afirma que a medida que se avanzó en las tratativas para terminar con la Guerra Fría, el acercamiento a Occidente determinó que el control sobre los países de Europa del Este dejara de ser vital para los intereses de la URSS y sus gobernantes estuvieran dispuestos a entablar nuevas relaciones con independencia del régimen político allí existente.

Sin embargo existen otros interrogantes, como preguntarse por las razones por las cuales no se intentaron negociaciones con los políticos aliados en esos países, de manera de poder ejercer una cierta influencia sobre el proceso de transición. La respuesta apunta a destacar dos factores: 1) a medida que las cuestiones de política interior se volvieron cada vez más complicadas, Gorbachov dedicó en mayor medida sus esfuerzos a enfrentar los innumerables problemas que generaba la coyuntura de fronteras adentro; 2) las dificultades financieras experimentadas por la Unión Soviética condujeron a que el gobierno dispusiera la reducción de efectivos en Europa del Este y también las dimensiones del gasto, por lo que los gobiernos de estos países se encontraron sin apoyo soviético en un momento crítico.

El caso es que en los últimos años de la década de 1980 los países de la región estaban en una situación muy difícil en el terreno económico, con un nivel de vida en sensible declinación, y con la percepción generalizada de que cualquier comparación con la situación de sus vecinos de Europa Occidental mostraba las enormes diferencias existentes. No obstante, esta situa-

ción no constituye una explicación del derrumbe, ni mucho menos de su rapidez: para ello hay que volver sobre una cuestión crucial, la decisión de Gorbachov de no intervenir.

El colapso comenzó en Polonia, donde desde 1981 gobernaba el general Jaruzelski. Mientras que en los primeros años la represión fue la base de su gestión, los problemas económicos cada vez más graves y la falta de apoyo del gobierno de Moscú llevaron al líder polaco a negociar con la oposición a partir de febrero de 1989. El resultado fue una nueva constitución en la que se aceptaban los partidos políticos y se establecía un régimen parlamentario compuesto de dos cámaras; en la Cámara Baja el Partido Comunista tenía garantizados un 65% de los escaños pero en el Senado el acceso era totalmente libre. El Parlamento elegía al presidente y éste a su vez designaba al primer ministro.

Las elecciones celebradas en junio de 1989 dieron como resultado un notable triunfo opositor: Solidaridad obtuvo 92 de los 100 puestos en el Senado y una mayoría de los escaños a los que podía acceder en la Cámara Baja. Se conformó entonces un gobierno encabezado por Jaruzelski con un primer ministro proveniente de Solidaridad. Una vez producido el colapso del comunismo en los países vecinos se concretaron otras reformas, incluyendo la desaparición de los cargos privilegiados reservados al partido. Cuando en diciembre de 1990 el líder de Solidaridad Lech Walesa fue electo presidente, se cerró el proceso de cambio político en Polonia.

En Hungría, las reformas ya estaban en marcha en 1989. El Partido Comunista Húngaro tenía desde mayo de 1988 un nuevo secretario, Carol Grosz, partidario de seguir el rumbo impuesto por Gorbachov. Desde fines de ese año el pacífico tránsito hacia un régimen político y económico asimilable a los modelos occidentales se hizo imparable, incluyendo la instalación de un régimen pluripartidista, lo que fue acompañado por la renuncia del Partido Socialista de Hungría a su adhesión al marxismo-leninismo, y el impulso a una economía de mercado con un creciente papel de la actividad privada. Las negociaciones entre el gobierno y la oposición permitieron que la transición se llevara a cabo de manera pacífica. En relación con la situación en la región, la decisión más importante del gobierno húngaro fue la de abrir en septiembre la frontera con Austria, permitiendo el paso de miles de ciudadanos de la República Democrática Alemana hacia Austria, etapa previa a su ingreso en la República Federal Alemana.

Gorbachov visitó la RDA el 6 de octubre de 1989 y asistió en Berlín a las celebraciones del 40° aniversario del nacimiento del país, que estaba gobernado desde 1971 por Eric Honecker, un comunista ortodoxo que se había

negado a realizar cualquier tipo de reformas. En los encuentros privados, Gorbachov le advirtió a su colega respecto de la necesidad de realizar cambios en el régimen: de ellos salió una advertencia del líder soviético que se hizo famosa: «la vida castiga al que se queda atrás»²⁰.

Apenas el líder soviético abandonó el país, el desencadenamiento de una ola de movilizaciones reclamando el fin del dominio comunista logró que muchos de los camaradas de Honecker lo obligaran a renunciar el 18 de octubre, pero a pesar de que el nuevo gobierno ofreció hacer concesiones, ése fue sólo el principio: el 9 de noviembre fue derribado el Muro de Berlín, dando comienzo a una serie de acontecimientos que culminaron con la unificación de Alemania el 3 de octubre de 1990.

En Checoslovaquia, la oposición había mantenido una cierta presencia luego de los acontecimientos de 1968 y en noviembre de 1989, muy pocos días después de la caída del Muro de Berlín, dio comienzo la luego denominada «revolución de terciopelo», encabezada por el conocido escritor Vaclav Havel. Inicialmente el gobierno pareció controlar la situación pero su falta de pericia para negociar llevó a que la presión de la oposición forzara primero a la renuncia oficial del partido como conductor de la vida social y política, y luego a la dimisión del primer ministro Ladislav Adamec. A fines de diciembre, Havel fue designado presidente interino de la república, clausurando la dominación comunista.

En Rumania, el régimen de Nicolae Ceaucescu, en apariencia el más sólidamente instalado a partir de su accionar represivo, fue también derrocado en el mes de diciembre. Como generalmente ocurre en regímenes de este tipo, el derrumbe se produjo cuando frente a la oposición lanzada a las calles, las fuerzas encargadas de la represión se negaron a disparar. Ceaucescu y su mujer fueron arrestados, juzgados de manera sumaria y fusilados en la Navidad de 1989.

Finalmente, en Bulgaria, el país de Europa del Este más cercano a la Unión Soviética, la transformación del régimen tuvo su punto de partida en noviembre con el desplazamiento del «hombre fuerte» del régimen, Todor Zhivkov, por dirigentes reformistas del mismo Partido Comunista de Bulgaria. La nueva dirigencia se vio presionada por las organizaciones opositoras surgidas en los años anteriores, quienes el 10 de diciembre llevaron a cabo una concentración en Sofía reclamando el fin del monopolio político del partido. A partir de ese momento se iniciaron negociaciones que condujeron a una apertura política, si bien ésta controlada «desde arriba» por una dirigencia que, con el nombre de Partido Socialista, triunfó en las elecciones democráticas celebradas en junio de 1990.

En resumen: el acelerado derrumbe de las «democracias populares» se verificó a partir de las señales emitidas por Gorbachov respecto de la no intervención de la URSS en los asuntos de estos países. El rumbo y la velocidad que adquirió el proceso fueron el resultado de una situación en la cual la dirigencia prosoviética de repente se encontró aislada frente a las fuerzas de la oposición, que percibieron con agudeza que era el momento adecuado para producir el cambio de régimen. Además, las noticias que llegaban de lo ocurrido en los países vecinos contribuyeron tanto a fortalecer las esperanzas de la oposición como a llevar a los gobernantes a buscar vías de negociación; sólo en Rumania el desenlace fue violento, resultado del carácter de la dictadura allí instalada.

LAS EXPLICACIONES SOBRE EL FIN DE LA GUERRA FRÍA

El desenlace de la Guerra Fría le otorgó a Gorbachov un enorme prestigio en el mundo occidental: en todos los ámbitos internacionales, comenzando por Europa, se vio al líder soviético como el gestor principal del proceso que culminó con la desaparición del enfrentamiento que tuvo en vilo al mundo durante más de cuatro décadas.

El debate académico respecto del proceso que culminó con los acontecimientos de 1989 se centra justamente en la explicación de las razones por las cuales el líder de la Unión Soviética procedió como lo hizo, y en este aspecto cabe destacar tres líneas diferentes:

1) A mediados de la década de 1980 la balanza de poder internacional se inclinó de manera decisiva a favor de los Estados Unidos, por lo que los dirigentes soviéticos se vieron obligados a actuar en consecuencia, lo que implicaba, si no se quería lanzar al mundo a un «holocausto» nuclear, la búsqueda de alternativas que permitieran un retiro del «frente de combate» sin que eso trajera consigo el derrumbe del régimen²¹. La profundización en la idea de la «coexistencia pacífica» podía conducir a un escenario de convivencia sin tensiones del capitalismo y del socialismo. El hecho de que Gorbachov no siguiera de manera consecuente esta estrategia lleva a varios investigadores a enfatizar su responsabilidad en todo el proceso²².

2) La profundidad de los problemas estructurales de la economía soviética condujeron a que el líder de la *perestroika* buscara de manera unilateral llegar a acuerdos que condujeran al fin de la confrontación. Esta explicación, que tiene evidentes conexiones con la realidad, soslaya sin embargo el hecho de que la crisis experimentó un serio agravamiento como consecuencia de las políticas implementadas por Gorbachov, las que desencadenaron reacciones de tales dimensiones en el interior de la URSS que, entonces sí, tornaron imposible cualquier negociación con los Estados Unidos desde posiciones de relativa fuerza²³. Al apostar por el desmantelamiento del régimen y la lucha contra los

sectores más conservadores de la *nómenklatura*, Gorbachov dejó de lado toda posibilidad de producir una transición controlada.

3) La puesta en práctica por parte de Gorbachov de un conjunto de ideas sobre la realidad económica y política, que se oponían a las prevalecientes en la Unión Soviética, basadas en la lucha de clases y en la división del mundo en dos campos, se llevó a cabo de una manera tan drástica que no sólo lo privó de disponer de aliados para facilitar su consecución sino que contribuyó significativamente a destruir las bases de funcionamiento de una gran potencia.

Por supuesto, la decisión de acabar con la Guerra Fría no implicaba en manera alguna el fin de la Unión Soviética: la idea original de Gorbachov parecía apuntar en el sentido de reorientar el cuantioso gasto militar hacia el desarrollo de la estancada economía. Sin embargo, la forma de gestionar todo el proceso, y aquí nuevamente aparece la responsabilidad de Gorbachov, determinó que ambos acontecimientos aparezcan íntimamente vinculados.

La sociedad y la cultura frente a la *perestroika*

La población soviética residente en las ciudades se había triplicado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, alcanzando los 180 millones a principios de la década de 1980. Por lo tanto, se trataba de una sociedad predominantemente urbana, alfabetizada, con una numerosa clase media profesional, y que mantenía contactos con el mundo exterior. De esa sociedad emergió la figura de Gorbachov y los dirigentes que lo rodearon; no se trató en manera alguna de un proceso inexplicable.

La percepción generalizada de la población respecto del deterioro de su nivel de vida no estuvo acompañada, salvo excepciones puntuales a las que hemos hecho referencia, de un aumento inicial y significativo en el descontento de los ciudadanos. Si bien diferentes formas de protesta obrera comenzaron a manifestarse a fines de la década de 1970, se trataba de fenómenos localizados y por lo tanto con posibilidades de ser resueltos sin excesivos problemas. La persistencia del temor respecto del control social que se continuaba ejerciendo desde el poder constituía sin duda una limitación en cuanto a las posibilidades de libre expresión.

Esta situación se modificó durante el período de la *perestroika*. Los trabajos disponibles muestran que, sobre todo en los ámbitos urbanos, la época inaugurada por Gorbachov dio lugar a que los ciudadanos soviéticos comenzaran a expresarse²⁴.

Entre los sectores de la *intelligentsia*, decepcionados por la mediocridad que dominó durante los años de Brezhnev, la política desplegada por Gorbachov generó entusiasmo (en algunos) y expectativas (en casi todos). Esta

sensación positiva atravesaba tanto a los integrantes del PCUS como a los que no pertenecían a él. Por otra parte, y como se ha comentado, formaba parte de la estrategia de Gorbachov la búsqueda de apoyo por parte de los grupos intelectuales situados en la oposición más o menos abierta al régimen para impulsar las reformas; quienes habían sido decepcionados por la limitada apertura implementada por Kruschov y por la clausura de ésta a cargo de Brezhnev, vieron —o estuvieron dispuestos a ver— en el nuevo líder la posibilidad de liberar al régimen de la herencia de Stalin. Por supuesto, no todos coincidían respecto de los pasos a seguir, pero estaban dispuestos a aprovechar el nuevo clima de libertad para discutirlo.

La apertura informativa desplegada a partir de 1987 tuvo un efecto importantísimo: al tomar contacto con realidades antes escamoteadas, los ciudadanos soviéticos empezaron a creer realmente que la situación se estaba modificando, y se produjo el surgimiento de una sociedad civil dispuesta a pronunciarse sobre todos los problemas que los afectaban. Acontecimientos como la prohibición gubernamental efectivizada en 1987 de continuar talando árboles en los alrededores del Lago Baikal y el requerimiento a la empresa que hacía esta tarea para que dejara de fabricar celulosa fue considerado un triunfo de quienes desde tiempo atrás venían luchando por esa causa vinculada con el medio ambiente²⁵.

Pronunciamientos públicos de todo orden, desde las cartas a los lectores en los periódicos a la participación voluntaria en encuestas destinadas a denunciar las pequeñas y grandes insuficiencias del régimen, fueron la manifestación palpable de la voluntad de amplios sectores de la población de hacer oír su voz tras décadas de silencio²⁶.

Gorbachov contribuyó de manera decisiva a impulsar el conocimiento del pasado soviético cuando en febrero de 1987 invitó a los investigadores a «llenar los espacios en blanco de nuestra historia». El resultado fue la aparición de una gran cantidad de revistas con textos —muy pocos resultado de investigaciones serias, la mayoría artículos sensacionalistas— que denunciaban las atrocidades del stalinismo y otros aspectos de la experiencia soviética. Millones de ciudadanos se apasionaron en los dos o tres años siguientes revisando una historia que había sido sistemáticamente distorsionada²⁷.

Asimismo, la apertura que se manifestó en el campo de la información contribuyó al conocimiento del «mundo real», lo que había sido escamoteado por el régimen²⁸. En la medida de que a mediados de la década de 1980 el 93% de las familias soviéticas contaban con un aparato de televisión y 150 millones de personas prendían el aparato diariamente, los cambios en la programación —noticieros, programas de ficción, entretenimientos— ejercieron una influencia real sobre el comportamiento cotidiano de los habitantes de la Unión Soviética. El medio televisivo, que al principio fue utilizado para promocionar la figura del nuevo líder, se convirtió en la «caja de reso-

nancia» de acontecimientos antes silenciados; si ésta era la intención de quienes gobernaban no puede determinarse, lo que queda claro es que la *glasnost* dio impulso a procesos de los cuales casi no se tenía conciencia.

Las repercusiones de las reformas de Gorbachov en el ámbito de la cultura popular también fueron profundas, impulsadas por la libertad de expresión y la legitimación por parte de las autoridades de la cultura generada «desde abajo». La dimensión de los cambios pudo percibirse en múltiples aspectos, desde los hábitos de lectura a los estilos musicales, pasando por los gustos cinematográficos y televisivos. El aporte del gobierno a este proceso, más allá de extender los límites de lo permitido, consistió en ubicar en cargos de importancia a profesionales de la cultura comprometidos con las posturas aperturistas.

La «nueva» cultura popular emergente —en muchos casos «vieja» cultura que salía a la luz tras años de desarrollarse en las catacumbas— se manifestó bajo la forma de una explosión de cuestionamientos al control moral y a la censura del régimen: la desmitificación, el ataque irreverente a las figuras y prácticas del pasado reciente se convirtió en la manera de romper con todo lo mediocre y opresivo que habían dejado como saldo los años de Brezhnev en el terreno cultural.

La principal causa del «fracaso» de esta apertura, si usamos esa expresión para designar el hecho de que tras los primeros años de entusiasmo la pasividad fue reemplazando progresivamente al activismo, lo constituyó el hecho de que las reformas estuvieron acompañadas por una evidente decadencia en el nivel de vida de la población, por lo que para muchos la figura de Gorbachov fue asociada cada vez más a un deterioro económico general, y este desprestigio lo fue marginando hasta convertirlo en uno de los políticos menos valorados, luego de haber generado en los primeros tiempos una enorme adhesión.

Hacia el derrumbe

El estudio del proceso de hundimiento de la Unión Soviética ha conducido a postular diferentes fechas como punto de partida. Desde luego que, *ex post facto*, casi cualquier especulación puede ser objeto de algún tipo de justificación, pero siempre es conveniente distinguir entre las causas lejanas, cuyo efecto acumulativo va generando las condiciones para que el proceso se desencadene, y los detonantes, acontecimientos cercanos en el tiempo que aceleran el tiempo histórico. En el caso que nos ocupa, consideramos que los acontecimientos de los primeros meses de 1990 fueron de tal significación como para establecer

un rumbo, que por supuesto podía ser modificado por el accionar de los actores —y de hecho el golpe de Estado de agosto de 1991 fue un intento en ese sentido—, pero que condicionaba las decisiones a adoptar.

Cuando el 2 de junio de 1990 se celebró el XXVIII Congreso del PCUS, la situación general presentaba enormes modificaciones respecto de apenas un año atrás, cuando en medio de gran expectativa se había reunido por primera vez el Congreso de Diputados de la URSS. La situación económica experimentaba un enorme deterioro, cuya principal manifestación visible era un persistente y generalizado desabastecimiento que potenciaba el malhumor de la población. Gorbachov había sido electo presidente de la Unión Soviética por el Congreso en marzo de 1990, un cargo que teóricamente otorgaba mucho poder y estaba completamente separado del partido. También parecía contar con un apoyo mayoritario, pero su influencia política estaba en visible declinación. A su vez, la modificación del artículo 6 de la Constitución de 1977 había terminado con el monopolio del Partido Comunista dentro de la sociedad soviética. Por su parte, el derrumbamiento de los regímenes de Europa del Este dio impulso a las demandas nacionalistas en todas las repúblicas de la URSS, adoptando en algunos casos decisiones que establecían en los hechos una situación casi de independencia.

En el citado Congreso del PCUS, Gorbachov fue ratificado en su cargo de secretario general con una cómoda mayoría, pero las diferencias dentro del partido eran enormes. En principio, podían identificarse tres facciones: la que aspiraba a mantener el liderazgo del partido, liderada por Ligachov; la de Yeltsin —que renunció luego al partido—, quien afirmaba que éste debía abandonar su posición dominante, e incluso su presencia en las instituciones no estrictamente políticas; y la que encabezaba Gorbachov, que desde una posición intermedia afirmaba que el PCUS debía ocupar, junto a otros partidos, un lugar dentro del juego político.

El secretario general mantuvo el control de la situación pero se vio enfrentado a serios cuestionamientos, que incluyeron la demanda de remoción de algunos de sus acompañantes. El hecho de que permitiera el alejamiento de los dirigentes cuestionados daba cuenta de la intención del líder de mantener el apoyo de los militares, desconcertados por lo ocurrido en los regímenes «amigos» de Europa del Este.

Por su parte, el estancamiento de la economía, los serios problemas de desabastecimiento —que condujeron al gobierno a endeudarse con el exterior para poder importar alimentos y productos manufacturados— y la creciente intranquilidad social llevaron a buscar soluciones drásticas. Ante el desprestigio y cuestionamiento de la economía planificada, Gorbachov optó por una rápida transición a la economía de mercado. En tanto una operación de este tipo tenía un alto costo social en términos de desocupación y de desorganización de la

distribución, era imprescindible alcanzar un amplio acuerdo político, el que se concretó entre Gorbachov y Yeltsin en julio de 1990.

Un equipo de economistas coordinados por Stanislav Shatalin, el principal asesor de Gorbachov, dio a conocer en septiembre el denominado «Plan de los 500 días», un detallado documento de doscientas cuarenta páginas en cuya redacción participaron asimismo economistas del entorno de Yeltsin. Éste planificaba, de manera progresiva, la privatización masiva de las empresas estatales, la reducción de la ayuda exterior a países como Cuba, el achicamiento del presupuesto de la KGB y de las fuerzas armadas, la liberalización de los precios al consumidor (con la excepción de los productos de primera necesidad), la emisión de bonos del Tesoro público y la implementación de medidas destinadas a facilitar la movilidad de la mano de obra para ajustarla a la demanda. En ningún lugar del texto se mencionaba al socialismo; la mayor parte de los economistas han sostenido que más allá de la cerrada oposición oficial, los objetivos eran inalcanzables y de un costo social enorme en términos de desempleo.

Las repercusiones del Plan fueron muy importantes: no se trataba de una transición más o menos suave hacia una economía de mercado reservándole un papel importante al Estado: «era la superación definitiva de los límites del sistema comunista». Las dimensiones de la propuesta no podían ser desconocidas por quienes formaban parte del complejo militar-industrial, que la rechazaron con fuerza reclamando el retorno a una economía planificada; algo parecido ocurrió en el Soviet Supremo, en el que el PCUS tenía mayoría. Las presiones ejercidas sobre Gorbachov dieron resultado: encargó la preparación de un plan alternativo más cauteloso, denominado «Líneas Básicas», que fue aceptado por el Soviet Supremo pero al mismo tiempo rechazado por Yeltsin, lo que implicó el distanciamiento de los sectores más reformistas y la desaparición de toda posibilidad de acuerdos futuros. Más allá de coincidir o no con el planteo que se ha hecho respecto de que los enfrentamientos entre Gorbachov y Yeltsin constituyeron un elemento fundamental en el desarrollo de los acontecimientos²⁹, lo cierto es que en determinadas circunstancias, a falta de ideas en condiciones de ser confrontadas, la incompatibilidad personal entre ambos sólo sirvió para dificultar la búsqueda de soluciones a problemas que se agravaban día a día.

En los meses comprendidos entre octubre de 1990 y marzo de 1991, Gorbachov llevó a cabo un perceptible giro hacia posiciones conservadoras, como recurso táctico en la búsqueda de un equilibrio frente a la radicalidad de los sectores reformistas. El 7 de noviembre un hombre fracasó en un intento de asesinarlo pero el *shock* que le produjo el incidente lo condujo a revalorizar la vigencia de la ley y el orden. A pesar de que en su discurso seguía sosteniendo que la *perestroika* estaba vigente, parecía más interesado en vigorizar las instituciones tradicionales de la Unión Soviética —la KGB,

la *nomenklatura*— que en profundizar los cambios. Se rodeó de funcionarios en su mayor parte provenientes del PCUS, que compartían la idea del mantenimiento a toda costa de la Unión, decisión que lo alejaba sin duda de algunos de quienes habían sido sus aliados en el pasado reciente.

Uno de los acontecimientos importantes de ese corto período fue la renuncia en diciembre del canciller Shevarnadze, quien en un discurso en el Congreso, de cuyo contenido no estaba enterado Gorbachov, advirtió sobre las posibilidades de una intervención y de la implantación de una dictadura. Evidentemente, las presiones sobre Gorbachov provenientes del sector militar y de grupos de dirigentes eran fuertes, pero además muchos analistas han destacado que las posibilidades de una ruptura con el Comité Central del PCUS frenaron al líder en su decisión reformista, que en esos momentos todavía mantenía su adhesión al régimen comunista. Por otra parte, también se ha argumentado que Gorbachov consideraba que era necesario reforzar el poder de la administración central frente al desafío que estaban planteando las repúblicas.

En efecto, la situación en varias de ellas, pero sobre todo en las repúblicas del Báltico, había llegado a un punto de extrema gravedad. A principios de enero de 1991 paracaidistas soviéticos entraron en las tres repúblicas con el pretexto de capturar desertores; por otra parte, los habitantes rusos de estas repúblicas se habían organizado en partidos opuestos a la independencia; incluso en Lituania el partido prorruso llegó a ocupar el Parlamento reclamando la renuncia del gobierno. Las escaramuzas posteriores condujeron a la intervención de tanques soviéticos en la capital, Vilna, ocupando los edificios oficiales y las estaciones de radio y televisión. Frente a la movilización de algunos miles de manifestantes, se produjo una dura acción represiva que tuvo como desenlace 14 muertos y alrededor de 165 heridos. Se temió que los tanques llegaran hasta el Parlamento, donde los diputados estaban en sesión, pero ante la presencia de periodistas de todo el mundo la operación no se realizó; una situación parecida, que se saldó con 4 muertos, se produjo una semana más tarde en Riga, capital de Letonia.

Gorbachov, que había acusado al gobierno lituano de intentar «restaurar el orden burgués», negó haber dado la orden de utilizar la fuerza, cayendo la responsabilidad en los oficiales a cargo; de cualquier manera, reivindicó el uso exclusivo de las vías legales para concretar la secesión. Por supuesto, su popularidad cayó en picada: en Moscú se realizó una multitudinaria manifestación en defensa de la democracia. Mientras tanto, Yeltsin aprovechó la situación para viajar a los países bálticos y firmar un acuerdo por el cual la República Rusa reconocía a Lituania, Letonia y Estonia como Estados soberanos y no como repúblicas de la Unión Soviética.

La dirigencia de los países bálticos decidió operar de manera autónoma: el gobierno de Lituania convocó un referéndum con el resultado de que más del 90% votó a favor de la independencia; un mes más tarde los resultados

en Estonia y Letonia otorgaron porcentajes favorables de 78 y 74% respectivamente.

Gorbachov, por su parte, continuó intentando llegar a algún tipo de consenso respecto de un nuevo tratado de la Unión: para ello convocó un referéndum a celebrarse el 17 de marzo en el que se preguntaba a la población si quería preservar a la URSS como una renovada federación con iguales derechos en la cual además estuvieran asegurados los derechos y libertades de los individuos de cada una de las nacionalidades. El referéndum se celebró en nueve repúblicas —además de los tres países bálticos se negaron a celebrarlo Armenia, Georgia y Moldavia— que sin embargo constituían más del 80% de la población total de la Unión; los resultados fueron significativos: el 76,4% votó a favor del mantenimiento de la URSS (véase cuadro N° 14). En Rusia en el referéndum general se agregó otra pregunta: «¿Está usted a favor de la elección de un presidente para Rusia?»; el 70% de los rusos votó afirmativamente, por lo que entonces tanto Gorbachov como Yeltsin pudieron afirmar que habían triunfado en la convocatoria.

CUADRO N° 14
Resultados del referéndum del 17 de marzo de 1991
(en porcentajes)

República	Participación	Porcentaje a favor del mantenimiento de la URSS
Rusia	75,4	71,3
Ucrania	83,5	70,2
Bielorrusia	83,3	82,7
Uzbekistán	95,4	93,7
Kazajistán	88,2	94,1
Azerbaiján	75,1	93,3
Kirguistán	92,9	94,6
Tayikistán	94,4	96,2
Turkmenistán	97,7	97,9

Fuente: Marples, 2004.

A pesar del cambio verificado en el comportamiento de Gorbachov, los sectores conservadores tenían un profundo resentimiento hacia su persona, por lo que a partir de marzo éste inició un nuevo viraje hacia posiciones reformistas: se reunió en abril con Yeltsin y dirigentes de las otras ocho repú-

blicas que habían celebrado el referéndum para elaborar la Constitución de una nueva federación. La versión final establecía que en la nueva Unión las repúblicas iban a disponer de poder soberano y los poderes del centro iban a ser extremadamente reducidos. El nombre de la institución iba a ser Unión de Estados Soviéticos Soberanos (UESS) y la fecha de la firma del tratado se estableció para el 20 de agosto. La UESS iba a funcionar como una única unidad económica, habría una política exterior y militar común y se realizarían reuniones regulares de los presidentes de las repúblicas; Gorbachov sería su presidente, pero no estaría por encima de los que ostentaban ese mismo cargo a nivel de cada una de las repúblicas.

Mientras tanto, los rusos siguieron adelante y el 12 de junio se celebraron las elecciones para presidente, obteniendo Yeltsin una amplia victoria sobre sus oponentes, con el 57,3% de los votos, imponiéndose tanto al candidato oficial del PCUS, Nicolái Ryzhkov, que obtuvo el 16,8% de los sufragios, como a un respetado candidato democrático que contaba con el apoyo indirecto de Gorbachov, Vadim Bakatin, que sólo alcanzó un 3,4% de votos. Esta legitimidad democrática fue utilizada por el flamante presidente para continuar operando de manera ambigua en relación con la principal autoridad de la Unión Soviética: mientras firmaba un acuerdo con Lituania que establecía relaciones entre ambos gobiernos sin tomar en cuenta a las autoridades de la URSS, continuaba negociando la firma de un nuevo tratado de la Unión.

La situación era cada vez más inestable y la posición de Gorbachov más débil. En la medida de que seguía operando dentro de las estructuras del PCUS, al avanzar en las posiciones reformistas continuaba engrosando el número de opositores: en julio convocó a una reunión del Comité Central donde propuso la elaboración de un nuevo programa basado en el «humanismo democrático» y en el «socialismo de mercado», y en el que la palabra «comunismo» aparecía exclusivamente vinculada con un pasado que había que dejar atrás. Evidentemente, se le exigía demasiado a una dirigencia que debía aceptar que los valores sobre los cuales se asentó la Unión Soviética en el pasado debían ser abandonados y la gran potencia de la segunda posguerra desmembrada. La división del partido parecía inevitable; el tema es que Gorbachov esperaba situarse al frente del bando vencedor.

El golpe de agosto y la disolución de la Unión Soviética

En el verano boreal de 1991, la economía soviética estaba en una situación catastrófica («catastroika» es la palabra que utilizó un autor que estudió la política económica en esos años³⁰): estadísticas posteriores han establecido que el PBI cayó el 2,9% en 1990 y el 11,4% al año siguiente, mientras que el

PBI por habitante sufrió una declinación del 3,2% y del 6,9% en los mismos años³¹. Pero sin duda estas cifras, pese a ser importantes, no reflejan las sensaciones que experimentaba la sociedad, sometida a una situación de desabastecimiento que no se vivía desde la época de la Segunda Guerra Mundial. Las últimas decisiones de política económica adoptadas por el gobierno de la URSS desencadenaron un estallido inflacionario sin antecedentes, con el consiguiente deterioro del nivel de vida de casi toda la población.

En ese escenario, atravesado también por la protesta social, se produjo el desenlace de un proceso que, caracterizado por una brusca aceleración del tiempo histórico, dio lugar a la transformación política más importante experimentada por el mundo a fines del siglo XX.

El intento fallido de golpe de Estado que se llevó a cabo entre el 18 y el 21 de agosto de 1991 ha sido objeto de un abundante tratamiento por parte de periodistas, historiadores y politólogos³², así como también existen testimonios de algunos de los protagonistas.

En principio, no caben dudas de que fue un intento de desestabilización protagonizado por integrantes del mismo gobierno de Gorbachov, en el que participaron el ministro del Interior, el de Defensa, y el director de la KGB, entre otros. El objetivo era desplazar, o por lo menos neutralizar, a Gorbachov, dar marcha atrás en todo lo hecho en relación con la «cuestión nacional», y restaurar el orden, muy abandonado por las sucesivas oleadas revolucionarias. En razón de sus ramificaciones, había mucha gente involucrada, por lo que se habían filtrado rumores respecto del estallido del golpe. A pesar de ello, Gorbachov se marchó de vacaciones a Crimea, y fue en su *dacha* donde recibió la visita de cinco de los principales dirigentes complotados que le exigieron la firma de un decreto declarando el estado de emergencia, punto de partida hacia el restablecimiento de una situación «pre-1985», incluyendo, y éste sin duda era el tema crucial, la negativa a firmar el nuevo Tratado de la Unión. Las exigencias de los rebeldes eran excesivas para Gorbachov, que se negó a acatarlas³³, y entonces los complotados —prácticamente todos los ministros del gobierno de la URSS— lo desplazaron argumentando que estaba enfermo, y siguieron avanzando: conformaron un Comité de Emergencia que tomó varias medidas de política interior, y también actuó en relación con la política internacional, asegurándoles a los líderes de los países occidentales que la URSS cumpliría sus compromisos.

Si se piensa en lo ocurrido teniendo en cuenta los antecedentes históricos, es difícil explicar por qué un golpe de estas características terminó en un rotundo fracaso. La cuestión reside en que, más allá de los serios errores cometidos, como el de no detener a Yeltsin ni impedir que los periodistas occidentales cubrieran libremente todo el proceso, por lo menos dentro de los sectores urbanos de la sociedad se había desarrollado un proceso de movilización política significativa, y quienes planearon el golpe no lo tuvieron

ron en cuenta³⁴. Así fue como Yeltsin, cuya actuación fue audaz y determinante, pudo mostrarse al mundo como un defensor de la legalidad constitucional, apoyado por un sector de la ciudadanía moscovita. La imposibilidad de ejercer la represión delante de las cámaras de televisión, que transmitían los incidentes a todo el mundo, debilitó la posición de los golpistas hasta producirse su rendición. Parecía un glorioso momento para los defensores de la democracia, pero en realidad lo que estaba ocurriendo era que el gobierno ruso, con Yeltsin a la cabeza, preparaba el terreno para tomar un control efectivo sobre la Federación Rusa, con independencia de lo que ocurriera en las otras repúblicas.

Una vez conjurado el intento, Gorbachov pareció pensar que se podía continuar como si nada hubiera ocurrido: esperaba firmar en unos días el Tratado de la Unión y avanzar en la reforma del partido. Yeltsin, el gran triunfador de las jornadas de agosto, rápidamente le mostró cuánto se había modificado la situación: en una reunión del Soviet Supremo de Rusia prácticamente lo obligó a que leyera los nombres de los principales dirigentes complotados; era una larga lista de gente que había acompañado a Gorbachov, o que había sido promovida por él. Las actividades del PCUS fueron suspendidas en el territorio ruso, lo mismo que sus órganos de prensa. El 25 de agosto Gorbachov renunció a su cargo de secretario general del partido y diez días más tarde era disuelto el Congreso de los Diputados del Pueblo, a la espera de la convocatoria a nuevas elecciones³⁵.

De allí en adelante, hasta fines de 1991 se produjo una pulseada entre las intenciones de Gorbachov de mantener unida la Unión, por lo menos integrada por nueve repúblicas —excluyendo a las Bálticas y a las de Transcaucasia—, y la fuerza cada vez más poderosa de Yeltsin, apoyado en las últimas semanas por la dirigencia de Ucrania y Bielorrusia, empeñado en concretar la desintegración y de asegurarse el poder con toda su gente en Rusia. El presidente de la más grande república de la URSS jugó fuerte: a partir de principios de noviembre Rusia dejó de financiar a la Unión Soviética; absorbiendo su banco central los dos principales bancos estatales de ésta, a lo que siguieron otras medidas que mostraban la voluntad de encarar un camino sin retorno.

La debilidad de Gorbachov se hizo manifiesta, y luego de que un 90% de los votantes en Ucrania se pronunciara en favor de la independencia, debió aceptar la propuesta de los líderes de los tres países eslavos de conformar una unión mucho más débil que la propuesta por el Tratado de la Unión, la denominada Comunidad de Estados Independientes (CEI), una asociación voluntaria que disponía de un mando militar unificado, y conformaba una única área económica pero que no tenía poder para recaudar impuestos, y además no iba a tener presidente. Los representantes de once

de las repúblicas —faltaron las tres repúblicas bálticas y Georgia— firmaron el 11 de diciembre en Alma-Ata, la capital de Kazajistán, disponiendo que en la medianoche del 31 de diciembre dejara de existir.

El 25 de diciembre, el gestor de la *perestroika* renunciaba en un corto discurso emitido por televisión a todo el país.

La Unión Soviética, luego de setenta y cuatro años de producida la revolución que dio lugar a su conformación, después de generar enormes expectativas en millones de personas en todo el mundo, que la veían como la oportunidad de crear un mundo más justo, se derrumbó en un rápido proceso, tras haber tomado un rumbo que sin duda estaba muy lejos de lo previsto por la mayoría de quienes depositaron en ella su esperanza.